

Vacíos Profundos

Diego Solá



Image not found.

Capítulo 1

Era un día más, o un día menos según el nivel de conciencia que se tenga de la finitud. Se despierta con el sol, desayuna y se dirige a realizar sus labores. Ahondar en detalles resultaría innecesario teniendo en cuenta lo monótono de sus días.

Que color tocará se preguntaba cada día, creo que rojo, o quizás celeste. Jamás acertaba, la decisión estaba ajena a toda lógica, a todo razonamiento. Sólo obedecía al azar o al caprichoso destino o quizás a una lógica superior imposible de descifrar o por qué no inferior; tan inferior que incluso escaparía del raciocinio más llano existente sobre la tierra.

Tampoco se preguntaba por qué. No se preguntaba nada. Sólo lo hacía. Lo había naturalizado. Juan todos los días pintaba la misma puerta, en el mismo lugar, en la misma habitación, en el mismo espacio bajo las órdenes de la misma persona, César. Sin embargo, algo cambiaba ... el color.

César los elegía; tonos claros, otros días oscuros, los alternaba, los repetía, los mezclaba, cambiaba de decisión constantemente.

Sin embargo César sabía algo que Juan no y que se ocupaba con firmeza de que lo siguiese ignorando. Que los colores no existen. Que el color resulta ser una apreciación subjetiva y no la característica innata de un objeto. Es una sensación. Una ilusión.

Era la sensación de que algo cambiaba pero todo seguía intacto, inalterado. César tenía la necesidad de que sus caprichos se cumplieran, de ser reconocido, de tener autoridad, de ser "alguien" aunque inconscientemente sabía que era sólo una ilusión una gran ilusión óptica; pero aliviaba su angustia existencial, mientras que Juan tenía la necesidad de no comprender, de no pensar, de pasar desapercibido, de no existir, de ser simplemente un color.